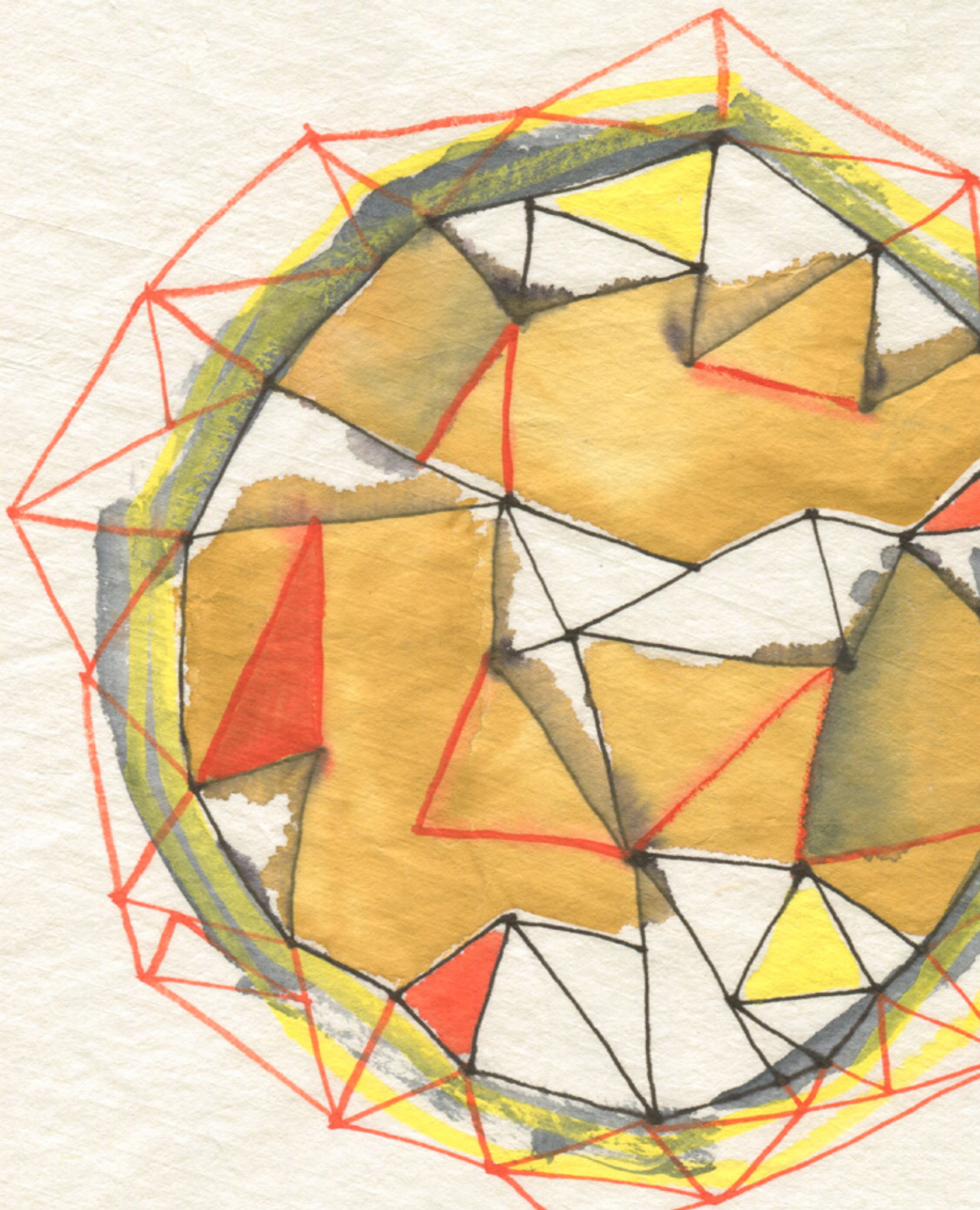


# Creación poliédrica Polyhedral Creation

Nelson Herrera Ysla



# Creación poliédrica

## Nelson Herrera Ysla

El arte no transita en una sola dirección afortunadamente, ni siquiera en varias sino en demasiadas y difíciles de nombrar. Se mueve hacia donde menos uno imagina que tantas manos lo conduzcan por caminos y laberintos, mares, cielos, hasta ubicarse en un lugar de la mente infinitos días y noches hasta salir nuevamente afuera, desplegar sus aventuras y desventuras en ese camino alentador, desafiante, impredecible. De ahí que el artista sea, entre otras cosas, un viajero empedernido, un paseante las más de las veces solitario que disfruta ese andar, esos caminos. No sabe de tiempo, épocas, ni de horas difíciles ni de sueños cuando se traslada por tantas vías y andares lo mismo hacia los comienzos de la historia del hombre o hasta esos últimos momentos de su incansable vida.

Nelson Villalobos es uno de esos viajeros impenitentes que contiene multitudes, a lo Walt Whitman. Desanda de un país a otro, de una cultura a otra, de una alucinación a otra, hasta de una mesa a otra en busca de superficies que mejor acojan sus líneas, esparcir colores, ensamblar objetos. Aunque viva en medio de una selva oscura, en los desiertos de Gobi y el Sahara, en un apartamento en la isla de Manhattan o un pueblo empedrado de Galicia. En Cuba empezó su larga trayectoria en la década de los años 70 del siglo XX para luego mudarse a España. Después de muchos años allá vuelve a nosotros en busca de activar recorridos por La Habana y sus gentes, de perfilar ademanes, ideas y recuerdos, maneras de crear.

No lo ví partir hacia España en la década de los 90 pero lo ví regresar en el siglo XXI para comenzar como si fuera ayer, igual que Fray Luis de León. Retornó con equipaje y corazón cargado de literatura e imágenes, en especial poesía que no abandonó nunca gracias a ciertos amigos como Ángel Escobar y Rito Ramón Aroche, azuzadores de muchos

encuentros cargados de versos. Nada le hizo olvidar aquel fárrago de creatividad y pensamiento en el que se vio envuelto durante sus estudios académicos en el ISA, imantado entonces por la efervescente y renovadora década de los 80. Mucho trajo consigo, amarrado en su catauro como memoria viva, y lo desparramó por la calle Apodaca, cerca del murmullo de los trenes saliendo y entrando a La Habana y esos escándalos de la calle Monte y el Parque de la Fraternidad.

Creyó siempre que ninguna ciudad española, por muy seductora que fuese, opacaría ese cántico cubano que a ratos nos sacude el ánimo donde quiera que nos encontremos, fuese Londres, Zaragoza o Ulan Bator. Lo llevaba a todas partes, a deshoras sin importarle frío o calor: lo ungió al caminar por aceras y calles inquietantes de cualquier rincón del mundo, y más en esta ciudad de La Habana sin órdenes estrictos ni muchas regulaciones capaces de controlar algo. En su andar ahora, en su rostro y mirada, atisbamos sutiles ribetes ibéricos que siempre tuvo si lo recordamos bien: esos que lo acercan, por un lado, a Miguel de Unamuno, Ángel González, Eduardo Arroyo, Pere Gimferrer, Miquel Barceló, y por otro a Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Umberto Peña o su querida Antonia Eiriz. Que no lo alejan de la cultura cubana, de nosotros un centímetro por mucho que parezca andar perdido en la muchedumbre habanera como un errante más, como el viajero que es, a la luz y sombra de tanta alucinada imaginación literaria y artística.

De ahí las muchas fuentes proveedoras de su cultura poliédrica que, como bóveda magistral, le cubre desde los griegos y romanos del siglo V antes de nuestra era hasta el desalmado siglo XXI, luego de haber atravesado a pie y mochila ese siglo XX donde irrumpieron las grandes tendencias del arte moderno y contemporáneo. A pie porque se detenía

en cada estación del camino para visitar museos y galerías, arquitecturas capaces de encandilar sus ojos claros, serenos. Dormía como podía, como puede, ya que toda expresión artística le sigue intranquilizando: bastaba contemplar una vasija etrusca, una escultura cretense, un lienzo de Picabia, Picasso, Lam, las irreverencias surrealistas y abstractas, cubistas, las del *pop* y el arte conceptual para comprender su propia obra y vida. El nacimiento de sus modos de ver el arte y la realidad se orquestaron en esa conjunción, yuxtaposición y apropiaciones asumidas en cada encuentro suyo con la cultura visual que le rodea.

¿Cuál otra mejor manera para comprender sus exquisitos dibujos a tinta pura, sus acrílicos pulcramente delimitados o chorreados, sus murales al aire libre, su *jardín de mamá*, sus símbolos y manifiestos, sus *collages* y grafitos, sus lecturas sobresaltadas por la pasión y la sed infinita de conocimiento? ¿Qué le es ajeno en este mundo y otros posibles? Muy pocas cosas... pues todo encaja en él para alimentar el fuego de la creación.

No es fácil encasillar a Nelson Villalobos pues su obra pictórica, por la que es más conocido, se mueve a la par de variadas inquietudes intelectuales y emocionales. Entra por todos los lados del poliedro y sale sin extrañezas ni falsos rubores. ¿Qué hicieron si no Servando Cabrera Moreno, Mariano Rodríguez, Sandú Darié, Raúl Martínez, Aldo Menéndez? ¿Qué hacen Flavio Garcíandía, Eduardo Ponjuán, Lázaro Saavedra, en este universo impar, impuro?

Su obra debemos observarla sin prejuicios, sin la búsqueda de un estilo propio aun cuando él mismo haya hablado, en algún momento, de *villalobismo*. Nada más alejado de tan vanidosa ansiedad –cara todavía a numerosos creadores– que su trayectoria y peregrinar por técnicas, soportes y formatos diversos.

Su obra es hija de la fracturación, de la fragmentación, de esa rara mezcla de memoria y recuerdos, extrañada a lo Bertolt Brecht, como también de la modernidad, la posmodernidad y la posverdad. Ha sabido asumir la tradición, pero la rompe sin costarle demasiado trabajo, como expresara Leo Brouwer respecto de la música. Es, observándolo desde la antropología individual en su sentido prístino y puro, una suerte de parricida, un creador paradójico, sintético... poliédrico.

Se le ven las costuras en ocasiones, pero no la confección total pues se encarga muy bien de ocultarla con intensos colores, líneas gruesas, símbolos y formas universales asimiladas de la mar de culturas europeas e hispanoamericanas, incluso africanas.

Sólo Dios sabe de donde le viene esa voracidad artística, cultural, esa *artefagia* nacida de lecturas e intensidad de estudios académicos, y de la atmósfera espiritual de los años 70 y 80 de Cuba. No es un hijo de su tiempo sino de muchos tiempos. Él mismo es una especie nueva de ajíaco, como hubiera dicho Fernando Ortiz. Un puchero, le correspondería decir a Carlos Gardel o Jorge Luis Borges.

Es exposición cercana a lo antológico y retrospectivo lo vemos expuesto en un gran alarde de concentración y síntesis en el Centro de arte contemporáneo Wifredo Lam. Para comprenderlo mejor, a fondo, necesitaríamos museos y grandes centros de arte, y materiales impresos con abundante poesía y literatura pues a ella les debe mucho. Vale, no obstante, este primer acercamiento modesto a su enjundiosa trayectoria.

Esta exposición es solo una señal, una breve luz en la enmarañada, oscura y difícil época que vivimos.

# Polyhedral Creation

Nelson Herrera Ysla

Fortunately, art does not travel in one direction, not even in several but in too many and difficult to name. It moves where least one imagines that so many hands lead it through paths and labyrinths, seas, skies, until it is located in a place of the mind infinite days and nights until it goes outside again, unfolding its adventures and misadventures in that encouraging, challenging path, unpredictable. Hence, the artist is, among other things, an inveterate traveler, a lonely stroller most of the time who enjoys that walk, those roads. He does not know about time, epochs, or difficult hours or dreams when he travels through so many paths and walks the same way towards the beginning of man's history or until those last moments of his tireless life. Nelson Villalobos is one of those unrepentant travelers who contain crowds, the Walt Whitman's way.

He wanders from one country to another, from one culture to another, from one hallucination to another, even from one table to another in search of surfaces that better accommodate his lines, spread colors, assemble objects. Even if he lives in the middle of a dark jungle, in the Gobi and Sahara deserts, in an apartment on the island of Manhattan or a cobbled town in Galicia. In Cuba he began his long career in the 70s of the twentieth century and later moved to Spain. After many years there he returns to us in search of activating routes of Havana and its people, of outlining gestures, ideas and memories, ways of creating.

I did not see him leave for Spain in the 90s but I did see him return in the 21st century to begin as if it were yesterday, just like Fray Luis de León. He returned with luggage and a heart loaded with literature and images, especially poetry that he never abandoned thanks to certain friends like Ángel Escobar and Rito Ramón Aroche, who encouraged many encounters filled with verses. Nothing

made him forget that mess of creativity and thought in which he was involved during his academic studies at the ISA, magnetized then by the effervescent and renewing decade of the 80s. He brought a lot with him, tied in his cataurus as a living memory, and it scattered along Apodaca Street, close to the murmur of trains leaving and entering Havana and those scandals on Monte Street and Parque de la Fraternidad.

He always believed that no Spanish city, no matter how seductive it was, would overshadow that Cuban song that sometimes shakes our spirits wherever we are, be it London, Zaragoza or Ulan Bator. He took it everywhere, at odd hours without caring about cold or heat: he anointed it when walking through sidewalks and disturbing streets in any corner of the world, and more so in this city of Havana without strict orders or many regulations capable of controlling something. In his walk now, in his face and gaze, we glimpse subtle Iberian edges that he always had if we remember him well: those that bring him closer, on the one hand, to Miguel de Unamuno, Ángel González, Eduardo Arroyo, Pere Gimferrer, Miquel Barceló, and on the other to Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Umberto Peña or his beloved Antonia Eiriz. Which do not take them away from Cuban culture, an inch from us, no matter how much it seems to be lost in the Havana crowd like one more wanderer, like the traveler that he is, in the light and shadow of so much hallucinated literary and artistic imagination.

Hence the many sources that provide his multifaceted culture that, as a magisterial vault, covers it from the Greeks and Romans of the 5th century before our era to the heartless 21st century, after having crossed the 20th century on foot and backpack where the great trends in modern and contemporary art burst. On foot because he stopped at each

station along the way to visit museums and galleries, architectures capable of dazzling his clear, serene eyes. He slept as he could, as he can, since all artistic expression continues to disturb him: it was enough to contemplate an Etruscan vase, a Cretan sculpture, a canvas by Picabia, Picasso, Lam, the surreal and abstract irreverence, cubism, those of *pop* and conceptual art to understand his own work and life. The birth of his ways of seeing art and reality were orchestrated in that conjunction, juxtaposition and appropriations assumed in each of his encounters with the visual culture that surrounds him. What other better way to understand his exquisite pure ink drawings, his neatly delimited or blasted acrylics, his outdoor murals, his *mother's garden*, his symbols and manifestos, his *collages* and graffiti, his readings startled by passion and infinite thirst for knowledge? What is alien to him in this world and other possible ones? Very few things... because everything fits into it to fuel the fire of creation.

It is not easy to pigeonhole Nelson Villalobos because his pictorial work, for which he is best known, moves alongside various intellectual and emotional concerns. It enters from all sides of the polyhedron and comes out without surprise or false blush. What did they do but Servando Cabrera Moreno, Mariano Rodríguez, Sandú Darié, Raúl Martínez, Aldo Menéndez? What are Flavio Garcíandía, Eduardo Ponjuán, Lázaro Saavedra doing in this odd, impure universe?

His work must be observed without prejudice, without seeking his own style even though he himself has spoken, at some point, of *villalobism*. Nothing could be further from such vain anxiety --- still facing many creators --- than his career and pilgrimage through various techniques, media and formats. His work is the daughter of fracturing, of

fragmentation, of that rare mixture of memory and reminders, missed at Bertolt Brecht's way, as well as modernity, postmodernity and post-truth. He has known, he assumes the tradition, but breaks it without costing him too much work, as Leo Brouwer expressed with regard to music. He is, observing it from individual anthropology in its pristine and pure sense, a kind of parricide, a paradoxical, synthetic... polyhedral creator.

You can see the seams on occasions, but not the total confection, since it takes care of hiding it very well with intense colors, thick lines, symbols and universal forms assimilated from the sea of European and Latin American cultures, even African.

Only God knows where that artistic and cultural voracity comes from, that *artifact* born from readings and intensity of academic studies, and from the spiritual atmosphere of the 70s and 80s in Cuba. He is not a child of his time but of many times. He himself is a new species of ajiaco, as Fernando Ortiz would have said. A pout, it would be up to Carlos Gardel or Jorge Luis Borges to say.

In an exhibition close to the anthological and retrospective we see him exhibited in a great display of concentration and synthesis at Wifredo Lam Contemporary Art Center. To understand it better, in depth, we would need museums and large art centers, and printed materials with abundant poetry and literature because he owes much to it. It is worth, however, this first modest approach to his substantial career.

This exhibition is only a sign, a brief light in the tangled, dark and difficult times that we live in.